

Juan José Millás (Valencia, 1946) es el creador de los “articuentos”, un género híbrido entre el periodismo y la narrativa que tiene como fin el de presentar *crónicas del surrealismo cotidiano dosificadas en perlas*, según él mismo afirma.

En su *articuento* “Gripe”, publicado en el periódico *El País* el 23 de febrero de 1990, el autor valenciano trata de explicar el cambio de la percepción del mundo exterior por parte de una persona enferma de gripe.

Recurriendo a un estilo irónico, J. J. Millás se vale de un juego de perspectivas que hace pensar en un cambio del entorno inmediato, mientras que lo que realmente está sufriendo un cambio es el interior de la persona enferma, a causa de **las alteraciones físicas debidas al virus que a su vez producen una alteración psíquica en la percepción del mundo exterior**.

El autor se ensimisma entonces en un hipotético enfermo de gripe y describe cómo las personas y los objetos se mueven a una velocidad fuera de lo común o, en otro momento, más mecánicamente que de costumbre; se sorprende notando que él tiene frío y los demás no, ve todo lo que le rodea con tonalidades más opacas, hasta llegar a percibir los efectos físicos de la fiebre, como el dolor óseo o articular, que desembocará finalmente en un distanciamiento de la realidad que queda patente en la renuncia a cumplir con sus obligaciones y compromisos cotidianos.

Es justamente en este momento en el que el narrador deja de sentirse un adulto responsable y sueña con convertirse en un niño, feliz de no tener obligaciones y aliviado por la presencia de su madre. Esta sensación de saber que el mundo no depende de él, que puede desinteresarse de lo que antes le parecía imprescindible, junto con el consuelo de saber que hay una persona a su lado, son para el autor los efectos de la gripe, que no pueden venir de Asia, sino que tienen que ver con deseos, aspiraciones, miedos y sentimientos que se mueven en la parte más profunda de su ser.

La gripe viene de Asia; los fantasmas, del armario; el terror, de las sombras. La gripe es un proceso. Un día, después de comer, empiezas a mirar las cosas con cierta extrañeza. Te parece que tus compañeros de trabajo se mueven a una velocidad excesiva; además, no tienen frío, mientras que tú, desde hace dos o tres horas, sientes en la espalda – tan deshabitada habitualmente – un movimiento especial, como si alguien hubiera abierto una ventana a la altura de los riñones. Los muebles del despacho son opacos; no comunican nada, excepto esta voluntad intransitiva. En la calle, los coches y la gente arrastran una pesadez mortal. Parecen manejados a distancia por un mecánico poco hábil. A lo mejor no te has dado cuenta todavía de que tienes fiebre, pero lo cierto es que las articulaciones de tu cuerpo han empezado a enviar leves mensajes de aflicción que se traducen en un estado de ánimo que tiende a la indiferencia. Al acostarte, te has encogido con placer y tu mujer te ha dicho que estás ardiendo. Estás ardiendo. Mañana tenías un compromiso importante y te hace gracia pensar que el compromiso no te importa nada, como el resto de la realidad. Los huesos todavía no te duelen demasiado, de manera que fantaseas con que vas a poder leer. Tres días de cama, dos novelas. Haces un repaso de la semana y te sorprendes de la pasión que has puesto en placeres absurdos, perecederos. Te duermes y sueñas los pasos de tu madre en el pasillo. Eres un niño y el mundo no depende de ti. Puedes ser irresponsable y eso te proporciona un latigazo de felicidad. Te encoges un poco más y notas los dedos de tu madre en la frente. Algo así no puede venir de Asia, tiene que proceder de lo más hondo de uno mismo, como los fantasmas que parecen salir del armario, como el terror que emerge de las sombras.

(De: *En un lugar de la literatura*, De Agostini Scuola, p. 421)

Otras sugerencias:

- *Pabellón de reposo* (1944) – Camilo José Cela